

no tuvimos. Vine pa decirte eso. No habría podido morir sin verla una última vez y sin desengañarte. Adiós.

RAMÓN — Espera. (*Va hacia primera. Doña Emilia, silenciando sus sollozos, se oculta.*) Emilia... Emilia...

EMILIA — (*En la puerta.*) ¿Qué?

RAMÓN — Se va... Manuel (*Callan.*) Que se va Manuel.

MANUEL — Emilia... adiós. (*A Don Ramón.*) No dejes de quererla. Te ha merecido. (*Inicia el muti.*)

EMILIA — Manuel... le voy a enseñar a mis nietos a que te amen.

MANUEL — Adiós. (*Doña Emilia besa sus dedos en brindis.*)

RAMÓN — (*Doblado sobre su palo.*) Emilia... quisiera verte... Quisiera verte... (*Manuel se va, muy viejo.*)

TELON

STEFANO

GROTESCO EN UN ACTO Y UN EPILOGO

A José Eduardo Dalorto, hermano mío.

PERSONAJES *

Neca, 18 años.

Margarita, 40 años.

María Rosa, 75 años.

Stéfano, 50 años.

Don Alfonso, 80 años.

Radamés, 16 años.

Pastore, 40 años.

Esteban, 20 años.

En Buenos Aires. Hoy.

Derecha e izquierda del director.

* Entrenado en el teatro Cómico, de Buenos Aires, por la compañía de Luis Arata el 26 de abril de 1928. Actuaron Teresa Serrador, Herta Ganglof, Leonor Rinaldi, Luis Arata, Lalo Bouhier, Pepe Arias, Frulán Varela y Jorge Ganglof

ACTO I

Stéfano habita una vieja casa de barrio pobre. Es de tres piezas la casa; dos dan a la calle; la otra es de madera y cinc y recuadra, con la cocina incómoda, un pequeño patio lleno de viento. La sala que vemos es comedor, cuarto de estar y de trabajo, de noche dormitorio y cuando llueve tendadero. El foro tiene dos ventanas de reja sencilla, alféizar bajo y persianas descoloridas y rotas, y al centro de cada lateral una puerta casi cuadrada de dos batientes, sin cristales. La que está a la derecha lleva a un zaguán oscuro; la de la izquierda, a la otra sala. La humedad ha decorado los muros empapelados y el cielorraso de yeso. Bajo la araña de dos luces en cruz, una mesa grande. Entre las aberturas del frente un cristalero enorme con festones de papel en su estantería, atiborrada de cacharros, vajilla y cristalería ordinarios. En primer término de izquierda, delante de un asiento con almohadilla, una mesa de pino cubierta de libros, cuadernos y papeles de música, tintero, atril y lapiceros, iluminados por lamparilla eléctrica colgada de un brazo de palo clavado en la pared. Detrás, en el rincón, un antiguo sofá de cuero, amplio, roto, con almohadones casi vacíos. En la derecha, una máquina de coser, y en el fondo, una cama jaula cerrada y cubierta por colchas. Sillas de esterilla y paja y una o dos de patas cortas, tapizadas con trozos de alfombra. Algunos cua-

dros y adornos empobrecen la habitación. La acción empieza a las veintiuna, en verano. Aparece María Rosa sentada en una silla baja ante la ventana de la derecha. Es magra, enhiesta, de mentón agudo, nariz corva, boca blanda. Arrugas como trazadas por cincel surcan el cutis de su cara. Sus ojos pequeños, negros, vivaces contradicen lo melifluo de su voz. El cabello es ralo, gris, sucio. Viste de oscuro con mangas y falda largas; calza viejas botas de Stéfano, orejadas. Sus manos flacas, duras, fuertes, inquietan. Usa complicados pendientes de oro. Cuando anda simula sufrir y al quejarse, con un rictus igual, no emociona. Queda inmóvil largo tiempo mirando hacia la calle, que no ve. Oye llegar a Don Alfonso y se lamenta como si estuviese sola.

M. ROSA — Ay... Ay... (Don Alfonso viene de la calle, sin rumbo, aburrido. La oye y su fastidio acrece. Tiene el color terroso, el cabello al rape, grandes cejas enmarañadas y fruncidas, la boca despreciativa. Cuando no bambolea la cabeza, como negando, la apoya sobre un hombro, como resistiéndose tercamente a una orden que le disgustase. Usa sombrero blando, deforme; saco estrecho, camisa sin corbata, pantalones duros, faja, botín recio y cadena de bronce con dijes. Es de poca talla, de brazos largos y manos sarmentosas. Avanza y sin hacer ruido da una vuelta en derredor de la mesa. La vieja sigue.) Ay... (Enterándose.) ¡Uh!... ¿Está aquí?... Me asusta... (Gruñe él.) Parece un fantasma. E la tercera ve que entra. ¿Qué tiene?... ¿Por qué sufre?

ALFONSO — Estó haciendo la digestion de ese guisote que he mo comido. Para perro.

M. ROSA — No le ha gustado.

ALFONSO — No.

M. ROSA — Margherita no quiere que cocine yo.

ALFONSO — Para fastedearme.

M. ROSA — No. Dice que me canso.

ALFONSO — Mentira. Osté siempre cré a la palabras. Por eso s'equivoca siempre. (Anda.)

M. ROSA — Venga. (El se le acerca.) ¿Está enojado? (El afirma.) ¿Muy enojado?

ALFONSO — Cuando uno s'enoja, s'enoja todo. (Se aparta bruscamente porque entra Neca por la izquierda trayendo platos y fuentes que pone en la mesa. Es delgaducha, pálida, fina, de inquietos ojos de mirada ansiosa, frente blanca y tersa, cabellos lacios, anémicos y linda boca ajada por el continuo lloriquear. Arrastra unos chanclos ruidosos y ciñe su cintura un repasador mugriento.)

NECA — (Agitada, gimotea con voz infantil.) Pobre papá... ¿No volvió?... Se fue sin cenar. ¡Qué desgracial Guardé esto, agüelita, ¿quiere? Y ahora se cortó la leche para mañana. ¡Qué día hoy! (Mira hacia la calle por el zaguán.) Sin comer. Pobre papá. Guarde todo, agüelita; no se olvide. ¡Qué desgracial (Mutis izquierda.)

ALFONSO — (Impidiendo a María Rosa que se levante.) Yo.

M. ROSA — Se puedo yo.

ALFONSO — Deja.

M. ROSA — No, le digo.

ALFONSO — Quedate ayí. No sea caprichosa.

M. ROSA — Caprichoso es osté. (El viejo guarda la vajilla.) Ve... ve, qué lindo: un viejo de sirvienta. No, ayí no; de l'otro lado.

ALFONSO — E lo mimo.

M. ROSA — No. Se va a enojá su nuera. (Se levanta.)

ALFONSO — Que s'enoje.

M. ROSA — Qué gana de sentir gritar. Trae.

ALFONSO — L'he dicho que deja, María Rosa.

M. ROSA — Trae. No sea terco.
 ALFONSO — T'ampujo.
 M. ROSA — Haga la proba. Le arranco una oreja.
 ALFONSO — Soltame. Largo todo, e entonce sí que oímo a su linda nuera.
 M. ROSA — Haga la proba. (*Don Alfonso de un empujón la recuesta al cristalero.*) ¡Ay! ¡Animale!
 ALFONSO — ¿Ha visto? Sempre se sale con la suya osté.
 M. ROSA — ¡Qué forza que tiene todavía! (*Da puñetazos débiles.*) Té. Té.
 ALFONSO — ¡Uh... qué daño me hace!
 M. ROSA — (*Yendo a su silla.*) ¡Qué bruto que es!
 ALFONSO — ¿S'ha hecho male?
 M. ROSA — No le voy a dar ese gusto.
 ALFONSO — Blandita osté también. (*Pone su mano pesada en una caricia.*) Está ayí que no puede moverse...
 M. ROSA — (*Quejándose.*) Ah...
 ALFONSO — ¿Ve? Me gustaría que no pudiera moverse má.
 M. ROSA — Qué cariñoso.
 ALFONSO — Así descansa. No sea estúpida.
 M. ROSA — (*Sonriente.*) ¡Uh... qué enojado qu'está! Me hace recordar la juventú. Cuando se ponía terco, así... (*Imita.*) y malo, porque yo no lo besaba. (*El gruñe.*)
 RADAMÉS — (*De la calle, a trancos. Pantalón largo, camisa blanca, correa. Narigón, boca grande y sensual, pelo duro corto. En su desconcierto mental es inexpresivo. Su voz robusta no tiene modulaciones. Mueve los brazos sin violencia, con las manos rígidas, los codos sin juego. Sólo sus pensamientos son desmedidos.*) Agüelito. Agüelita. Pasaron los bomberos. Tarará tarará. Y no se vieron más. Se incendia algo, lejos. Las yamas habrán empezado de abajo, por una chispa y ahora tocarán las nube. Yo quisiera

ser bombero para salvar a la gente que se quema porque uno no oye que gritan socorro, socorro. (*Mutis izquierda.*)
 ALFONSO — (*Echando al nieta que se ha ido.*) ¡Val! ¡Val! (*Pausa.*)
 M. ROSA — ¿Sabe una cosa, Alfonso?
 ALFONSO — Sí. No la diga.
 M. ROSA — Osté no me quiere má.
 ALFONSO — Bueno.
 M. ROSA — No m'acompaña. Entra, sale, va e viene e me deja sola hora e hora a este rincone, en medio de tanto chico molesto, de esta nuera fría fría e de ese hijo siempre enusado.
 ALFONSO — Yo no tengo la culpa de estar acá. Osté ha querido seguir a su hijo predilecto. Ahí lo tiene a su hijo. Se lo regalo. A todo se lo regalo.
 NECA — (*Lamentando.*) Sin comer. Tantos días sin comer casi. (*Trae vajilla que deja sobre la mesa. Radamés la sigue.*)
 RADAMÉS — Neca, ¿quierés que te dé un beso? (*Ella pone su carita tierna al beso trompudo.*) Yo te quiero mucho porque nos mi hermana y te tengo lástima.
 NECA — (*Llorando.*) Pobrecito. (*Lo besa.*) ¡Qué desgracia! (*Mutis izquierda.*)
 RADAMÉS — Agüelito, usted tomó algo que arde.
 ALFONSO — (*A María Rosa.*) ¿Qué?
 RADAMÉS — So lo ve en la cara.
 M. ROSA — Tengü respeto.
 ALFONSO — ¿Qué diche? (*A ella.*)
 RADAMÉS — Yo lo tengo respeto.
 ALFONSO — ¡Val! ¡Val!
 M. ROSA — Andate, figlio.
 RADAMÉS — Y lo tengo respeto porque usted es mi agüelo. (*Mutis por derecha.*)

ALFONSO — Se hace el loco. Tendrían que dejármelo a mí. Se curaba.

M. ROSA — ¡Uh, qué mal humor que tienes! (*Sonríe.*) ¿Ha tomado su cañita? (*Se inquieta el viejo, se le ven los ojos, pero afirma.*) Mentira. ¿Le gustaría tomarla? (*Niega don Alfonso.*) Mentira. Agarra. (*Le da una moneda.*)

ALFONSO — ¿Cómo tiene esto?

M. ROSA — Me l'ha dado Stéfano ante de salir.

ALFONSO — Mentira. Yo estaba cuando salió. L'ha robado.

M. ROSA — (*Contenta.*) No.

ALFONSO — Sí. L'ha robado. Te conozco a la malicia.

M. ROSA — Uh, cómo es. Es un diablo osté. (*Confidencial.*) ¿No comprende, sonso, que me gusta robar la monedita que le doy?

ALFONSO — ¿E pe qué?

M. ROSA — Quién sabe. Me parece que son má suya.

ALFONSO — Yo todavía no la conozco, María Rosa.

M. ROSA — Tenemos que acompañarlo, Alfonso. Estamos tan solo entre tanta gente...

MARGARITA — (*Debe haber sido bellísima. Despeinada, mal vestida, afanada y deshecha por el trajín casero y doblegada por la muerte de todas sus esperanzas, conserva aún rastros de su gentileza de ayer. Pero su carácter se ha roto, y así como se exalta y manotea y grita, se enerva, llora y decae. Trae los últimos platos, que guarda entrechocándolos. Actúa como si los viejos —acobardados por su llegada— no estuvieran presentes. Ante los enseres que dejara Neca.*) Neca... Siempre la misma distraída. (*En la derecha, llama.*) Neca. (*Se agita.*) ¡Neca!

ÑECA — (*Adentro, lejana.*) ¿Qué?

MARGARITA — Nada. (*Termina de ocultar la vajilla con un portazo. Se yergue con los puños en los riñones.*) Ah... (*Se peina ahora con los dedos, luego de sacudir la cabeza.*)

Nadie da una mano con gusto aquí. Ni los hijos. Hay que pedir por favor y, además, quedar debiéndolo, el favor. (*Impia. Dirigiéndose a los ancianos, de pronto.*) ¿Y los chicos? ¿Adónde están?

M. ROSA — No sé. (*A don Alfonso.*) ¿Osté sabe?

ALFONSO — Afuera.

MARGARITA — ¿Solos?

ALFONSO — Todos juntos. (*Va a salir.*)

MARGARITA — Deje. Gracias. Ahora estoy yo. (*Desde el zaguán.*) ¡Chicos! (*Vuelve.*) Estoy yo. (*Por entre las persianas.*) Anibal. Atilio. (*Intenta silbar y no lo consigue. Se estruja la boca. A don Alfonso que insiste en salir.*) No vaya, le he dicho. No me haga cumplidos. En víctima, no. No las puedo soportar.

ALFONSO — (*Tartamudeando de ira.*) ¿A qui? ¿A... nosotros?

M. ROSA — (*Apresurada.*) No; a la víctimas.

ALFONSO — Ah.

MARGARITA — Me han arruinado la vida, las víctimas; me han deshecho el ánimo.

ALFONSO — Iba a salire, de todo modo.

MARGARITA — Váyase, entonces, con tal de que haga su gusto...

ALFONSO — No; ahora no.

MARGARITA — ¡Ve si es... viejo!

ALFONSO — (*Grita.*) ¡Ochenta año... Vérgine Santa! (*Margarita se desfende llorando, con las manos en la frente.*)

M. ROSA — (*A don Alfonso.*) Cayate, vo. No comprende.

ALFONSO — Me manosea.

M. ROSA — Voy yo. Voy yo e ya está. (*Se lamenta.*) ¡Ah! (*Al pasar.*) Vamo, viejo, vamo.

MARGARITA — Mire, vieja... Si untó pisa el zaguán... salgo así, como estoy. (*Se despeina. Don Alfonso hace retroceder a María Rosa.*)

M. ROSA — Bueno, Margherita; bueno. No se ponga así. Le hace mal. Por eso está tan flaca.

ESTEBAN — (*En la izquierda. Traje negro, chambergo, corbatā de moño. Es buen mozo, de cutis marfileño; lento, triste, severo, seguro de sí mismo.*) ¿Qué ocurre?

MARGARITA — (*Miente con descaro.*) Nada, hijo; traje los platos... (*Se quita el delantal para acercársele.*)

ALFONSO — ¡Qué fémmenal (*Parece que va a p̄rtir de su rincón y levantarla de un cabezazo.*)

M. ROSA — — (*Le ruega que calle.*) St... Es hestérica. (*Don Alfonso va a salir, tembloroso, pero se queda en el umbral, escuchando.*)

MARGARITA — ¿Te vas ya?... ¿No querés otro mate?... ¿Llevás pañuelo?... (*Se asegura palpándose el bolsillo en que lo usa. Le retoca el moño de la corbata, la inclinación del sombrero, la curva de las cejas. Su violencia de hace un instante es ternura, sus movimientos nerviosos son caricias.*) ¡Qué lindo mi hijo!... Tan bueno; tan consciente. Ah, yo no sé qué sería de mí sin vos, Esteban.

ESTEBAN — (*Serio.*) Qué exagerada es.

MARGARITA — No vengas muy tarde.

ESTEBAN — Acuéstese. No me espere.

MARGARITA — No puedo dormir si no estás en casa.

ESTEBAN — Pero es que me atormenta saber que usted me aguarda.

MARGARITA — No.

ESTEBAN — Es amor mal entendido pesar sobre quien se quiere.

MARGARITA — No. Pobre mi hijito durmiendo en ese altillo. Tan serio; tan hombre. Teniendo que trabajar, en vez de dedicarse a escribir todo lo que lleva en su cabecita inteligente.

ESTEBAN — (*Fastidiado.*) Mamá... Soy feliz cumpliendo.

MARGARITA — No, no. ¿Vas a verte con Ernesto?

ESTEBAN — Sí.

MARGARITA — Salúdalo en mi nombre. Lo quiero a tu amigo. Si se casara con la Neca...

ESTEBAN — Pero mamá... ¿en qué piensa?

MARGARITA — Sí, sí. Discúlpame. Se parece tanto a vos...

ESTEBAN — (*A los viejos.*) Hasta mañana.

M. ROSA — Hasta mañana, figlio.

ALFONSO — Estate buono.

MARGARITA — (*Celosa.*) Vení... Tenés una hilacha... (*Salen.*)

ALFONSO — Todo para él. Todo para él. Así quisiste a Stéfano, el hijo entelegente, así lo criaste, e ve a lo que hamo yegado.

M. ROSA — No remueva, Alfonso, no remueva.

MARGARITA — (*Llama antes a los hijos, silbando desde el zaguán, luego entra.*) Lo que me desespera es la ausencia de cariño. Costaría tan poco vigilarlos. (*No los mira, atareada. Limpia la mesa a golpes de trapo, la cubre con una carpeta raída, pone un centro roto que toma del cristalero, enciende la lamparilla de la mesa de Stéfano y apaga la de la araña.*)

ALFONSO — Voy a hacer el ñeñero ahora. (*Sarcástico.*)

M. ROSA — Nosotros los queremos: son fieto.

ALFONSO — Sólo que no yoramo.

MARGARITA — Eso sí: llorar no saben; por nada, por nadie.

ALFONSO — Nosotros ya hamo yorado todo el yanto que tenemos.

MARGARITA — Yo, no. Yo, no. (*No encuentra ya qué sacudir.*) Yo, no. (*Se va por Izquierda.*)

M. ROSA — No sabe todavía qué es sufrir.

ALFONSO — No nunca nunca. Ya lo sabrá cuando sus hijo tanguano bogoto.

M. ROSA — Hijo chico, dolore chico; hijo grande, dolore grande.

ALFONSO — (*Asiente.*) Ah. En cada hijo crece un ingrato. Lo pide todo e cuando lo tiene... lo tira. (*Stéfano es alto, fornido, pero está en plena decadencia física. Agachā ya los hombros y carga el andar en las rodillas. Tiene las mejillas flácidas y el cuello flaco, con magrura de sufrimiento; la frente amplia deprimida en las sienas. Al echar hacia atrás los cabellos ondulados que le blanquean, su ademán asegura que lo estuvo abundantes. La "embocadura" del trombón le ha deformado el centro de su labio de bigotes castaños. Sus manos son amables, elegantes, virtuosas. Usa un anillo de piedra oscura en el anular izquierdo. Serio, parece que llorara y al sonreír —que sonríe fácilmente, hasta cuándo va a llorar—, sus ojos de párpados pesados se agrandan expresivos, socarrones. No es débil y se le ve qué control lo domina al soportar una injusticia o una desgracia. Apasionado es desmedido y en la ira debe ser feroz. En la soledad decae con tristeza aplastante. Viste saco negro, cruzado; pantalón de fantasía sobre el botín de elástico; cuello bajo duro o palomita y corbata hecha, con alfiler. Su galerā no tiene sitio constante. Al entrar la trae sobre una oreja. Debe haber caminado mucho, solo, ajeno a todo. Va a volverse, pero su mesa iluminada le sorprende. Mirā con fastidio hacia izquierda. Se acerca a los papeles y los observa con disgusto creciente.*)

STÉFANO — (*Amenaza darles un manotazo.*) Basura. (*Se aparta echándose el sombrero sobre la otra oreja. Ve a los viejos que se inquietan en el rindón oscuro.*) ¿Quién se ha muerto?... Parece que estuvieran oyendo una marcha fúnebre... (*Solfea la 3ª de Beethoven.*) ¿Qué tienen?

M. ROSA — Niente, figlio.

STÉFANO — ¿Acaso Margherita...?

M. ROSA — No, no. Estamos así... triste.

STÉFANO — ¿Tristes?... Menos mal, mamma. Si estuvieran alegres, yo... me alegraría, pero no puede ser: estamos en tono menor e hay que tocar lo que está escrito. (*Enciende la araña.*) Yo también estoy triste. Triste com'una ostra. ¿Han visto la ostra pegada al nácar?... ¡Qué pregunta!... (*Sonríe.*) Sí, l'han visto. Hemo nacido a un sitio... (*Con fervor.*) ¡Ah, Nápoli lontano nel tiempo!... a un sitio que con sólo tirarse al mar desde las piedras se sale con ostra fresca e la piel brillante. ¡Qué delicia!... Al alba... con el calor de la cama todavía... Todo cantaba en torno; todo era esperanza.

M. ROSA — Ah.

STÉFANO — (*Vuelve a ella.*) Sí, e triste mirar atrás. Por eso que mirar adelante incanta. (*Sonríe, y luego un disgusto escondido lo pone feo. Don Alfonso, que gruñe, le hace reaccionar.*) Como la ostra pegada al nácar. Cosa inexplicable la tristeza de la ostra. Tiene l'aurora adentro, y el mar, y el cielo, y está triste... como una ostra. Misterio, papá; misterio. No sabemos nada. Uh... quién sabe qué canto canta que no le oímo... la ostra. A lo mejor es un talento su silencio. Todo lo que pasa en torno no l'interesa. L'alegría, el dolor, la fiesta, el yanto, lo gritos, la música ajena, no la inquietan. Se caya, solitaria. La preocupa solamente lo que piensa, lo que tiene adentro, su ritmo. ¡Qué fuera ostral!

ALFONSO — Tú sei un frigorífico pe mé.

STÉFANO — Jeroglífico, papá.

ALFONSO — Tú m'antiéndese.

STÉFANO — (*Apenalumbra.*) E ustó no.

ALFONSO — Yo no t'ho comprendido nunca.

STÉFANO — Y en mi padre. Ma no sono culpable ninguno de los dos. No hay a la creación otro ser que se entienda meno co su semejante qu'el hombre.

ALFONSO — Cuando párlase conmigo te complícate.

STÉFANO — ¿Sí?... Me yena de confusione, papá. (*Conmovido.*) Nunca quiero ser má sencillo que cuando hablo con usted.

ALFONSO — Te ha burlado siempre de mí.

M. ROSA — Cayate.

STÉFANO — No, papá.

ALFONSO — No soy tan iñorante. Ha despreciado siempre mis opinione.

STÉFANO — No.

ALFONSO — Te han hecho reír.

STÉFANO — No. Me han hecho yorar.

ALFONSO — ¿Ve? ¡Te han parecido mejore la tuya, siempre!

STÉFANO — (*Tranquilizado.*) Esto sí. Lo confieso.

ALFONSO — Por eso estamos así.

M. ROSA — Alfonso...

STÉFANO — ¿Cómo?

ALFONSO — ¡E pregunta! ¡A la opulencia estamos!

M. ROSA — St. Cayate. Va a sentir Margherita. (*Cierra la puerta de izquierda.*)

STÉFANO — ¿Qué? ¿Falta el pane aquí? ¿Ha faltado alguna vez el pane? (*Tiembla.*) ¡Esto e lo único que no le permito a nadie! ¡Ne a usted! ¡Me he deshecho la vita para ganarlo! ¡Estoy así porque he traído pan a esta mesa día a día; e esta mesa ha tenido pan porque yo estoy así!

M. ROSA — ¿Pe qué no déjano esta discusiones iñútil?

ALFONSO — (*Con su cabeza trémula.*) La vita no e sólo pane. Nosotros no lo precesábamo; lo teníamo ayá. La vita no e sólo pane; la vita e tambiene pache e contento.

STÉFANO — (*Sobreponiéndose.*) Entonce... alegrémono, papá. Mamma lo ha dicho: iñútil. A este "andante brioso", pongámole un "allegro"... un "allegro"... ma "non troppo". (*Se da golpes sobre la mano en el sitio del corazón.*)

Entraña dura. (*Cariñoso.*) Papá... la vita es una cosa molesta que te ponen a la espalda cuando nace e hay que seguir sosteniendo aunque te pese.

ALFONSO — Gracie. (*Con artificiosa cortesía.*)

STÉFANO — Nada. E la caída de este peso cada ve má tremendo é la muerte. Sémpliche. Lo único que te puede hacer descansar es l'ideale... el pensamiento... Pero l'ideale (*se esfuerza por ser claro. Es posible que sin saberlo se esté burlando*) es una ilusión e ninguno l'ha alcanzado. Ninguno. (*Don Alfonso lo mira por entre las cejas.*) No hay a la historia, papá, un solo hombre, por más grande que sea, que haya alcanzado l'ideale. Al contrario: cuando más alto va meno ve. Porque, a la fin fine, l'ideale es el castigo di Dío al orguyo humano; mejor dicho: l'ideale es el fracaso del hombre.

ALFONSO — Entonce, el hombre que lo abusca, este ideale ca no s'encuentra, tiene que dejare todo como está.

STÉFANO — ¿Ve cómo entiende, papá?

ALFONSO — Pe desgracia mía. Ahora me sale co eso: (*Imita groseramente.*) "La vita es una ilusione"... ¡No! No es una ilusione. Es una ilusione para lo loco. El hombre puede ser feliche materialmente. Yo era feliche. Nosotros éramo feliche. (*María Rosa asiente con su nariz de gancho y sus manos cruzadas.*) Teníamo todo. No faltaba nada. Tierra, familia, e religione. La tierra.. Chiquita, nu pañuelito... (*Sonríe, como si la viese.*) pero que daba l'alegría a la mañana, el trabajo al sole e la pache a la noche. La tierra... la tierra co la viña, la oliva e la pumarola no es una ilusione, no engaña, je lo único que no engaña! É mo l'hiciste vender para hacerne correr a todo atrán de la ilusione, atrán del ideale que, ahora no s'alcanza, atrán de la marepona. M'engañaste.

STÉFANO — Me engañó.

ALFONSO — E yo sé pe qué m'engañaste: de haragane.

STÉFANO — ¿Yo?...

ALFONSO — No te gustaba zapá.

STÉFANO — ¡Verdá sacrosanta!

ALFONSO — ¿Ha visto? Ilusione... ¡Capricho! A l'año novanta me dejaste solo con tus hermanos mayore... ¡se hãne muerto lo do, lontano, son que nosotros lo viéramo!...

M. ROSA — (*Atacada de un dolor súbito.*) ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!...

ALFONSO — ...en tierra extraña, desparramado por me culpa... para seguirte atrás de la mariposã...

M. ROSA — ¡Ah!... ¡Ah!...

ALFONSO — ¡Cayate, tú! ¡Sabe que no me gusta que haga así! (*Burlándose.*) Quería ser músico. ¡Maledetta sía la música! "Papá, hágame estudiar. Yo tengo otra cosa al ánima. Aquí me afojo. Est'aría no é para mí, papá"... "E beh... se t'afógase, figlio, e tiene otra cosa en capa, va, figlio, estudia." Te fuiste a l'escuela.

M. ROSA — Conservatorio.

ALFONSO — Al año noventa cinco, a la vacacione, tornãste a casa —adonde yo seguía sudando con tus hermano para mantenerte l'estudio— e m'engañaste otra ve: "Papá... ¡alégrese!... ¡alégrese!... ¡yo voy a ser un gran músico!..."

STÉFANO — (*Que escucha con las manos nerviosas a la espalda, levanta la cabeza.*) ¡Dío potentel!...

ALFONSO — "¿Sí, figlio benedetto?..." "¡Sí, papá; nu músico chélebre... como Verdi." (*Stéfano se avergüenza.*) "Ho ganado una medalla d'oro"... Me la mostrate. La tenimo a la mano... Yoramo todo.

STÉFANO — Yo también.

ALFONSO — E m'engañaste otra ve: "Papá, vamo a ser rico. Voy a escribir una ópera mundiale. Vamo a poder com-

prar el pópolo. Por cada metro que tenimo vãmo a tener una cuadra..." E yo, checato, te creí. "E ve... se Dío vuole, e da danaro, escribe l'ópera, figlio; va..." E te fuiste. ¡Cinco año!... Al novechento ne mandaste llamar: "Mamá... papá... véngano. Véndamo todo. No puedo vivir sen ustede. Quiero apagarle todo lo que han hecho por mé. (*Stéfano deja correr sus lágrimas.*) Empieza la fortuna. Voy a ser direttore a un teatro. Estoy escribiendo l'ópera fenomenale. A Bono Saria yueven es-terlina. Véngano..." Esta póvera fémmena, que ha creído siempre a le parole, yoraba día e noche "per el hijo prediletto que estaba solo"... M'avelenó. Vendimo la casa, la viña, l'olivaro, los animale, lo puerco... tutto... ¡tutto!... e atravesamo el mar, yeno de peligro... atrás de... de la mariposa que nunca s'alcanza. Cuando yegamo ne había engañado otra ve. Sen decirno nada se había casado co una argentina... troppo bella para que la vita sea una ilusione.

STÉFANO — L'amaba.

ALFONSO — ¿E nui?... ¿E nui?... ¿E la vecquia?... ¡Val! ¡Val! Nu diche parole. Cayate. Atragátela. Espera tranquilo que te saquemo l'incomodo. No falta mucho... ¡que no sé cómo ne va a enterrá!

M. ROSA — Póver'a nui... Póver'a nui... (*Se acerca al viejo, lo acaricia.*)

STÉFANO — Papá... tiene razón. No puedo contestarle; no debo contestarle.

ALFONSO — E ¿qué va a contestá?

STÉFANO — Por ejemplo... qu'el dolor del hijo debía saberlo sufrir el padre.

ALFONSO — ¿Más todavía? ¡Amatame e ya está!

STÉFANO — St... Calma, papá. Acaba de cenar... Sí; yo no tengo atenuante.

ALFONSO — (A *María Rosa*.) ¿Qué?

M. ROSA — Tenuante.

STÉFANO — Osté sí porque nunca ha creído en mí.

ALFONSO — ¡Nunca!

STÉFANO — En esto sabía más que yo. Conocía la madera.

ALFONSO — (A *María Rosa*.) ¿Qué matera?

M. ROSA — Habla de él; habla de él.

ALFONSO — Siempre ha hablado de él; nunca de nosotros. (*Se burla*.) ¿E para qué?... Para terminar sonando el trombone a una banda.

M. ROSA — Orquesta.

ALFONSO — Da risa. Da risa e paura e rabia. Carpechoso. Te lo dije el año noventa: "Figlio, para vivir é mejor la zapa que la música".

STÉFANO — (*Serio*.) Sapiencia pura.

ALFONSO — Se burla...

STÉFANO — Ma no.

ALFONSO — Está viejo como yo...

STÉFANO — Más viejo.

ALFONSO — ...póvero como una rata; yeno de hijo que también tiéveno que correr, todo roto, la... mariposa que no s'alcanza, e sigue dichendo parole, yeno d'orgulio.

STÉFANO — (*Con seria convicción*.) Sí, sería mejor enseñarle a correr lo chanco.

ALFONSO — Se burla.

STÉFANO — ¡Ma, no!

ALFONSO — Mientras tanto l'ópera no la ha hecho; chélebre no es; las esterlinas no yoviérono... pero diche parole: "El hombre es un fracaso"... "La vita es una ilusione"... ¡No! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡La vita no es una ilusión, no es una mareposa!... ¡Aunque yo sea una óstraga! (*Se va a la calle*.)

STÉFANO — Mamma... usted me perdona.

M. ROSA — (*El mentón agudo como nunca*.) Yo no tengo que perdonarte. Sólo mi hijo. Te quiero... e ya está.

STÉFANO — Pero... usted m'entiende un poco...

M. ROSA — Creo que sí. No le haga caso al viejo. Después se le pasa.

STÉFANO — Yia.

M. ROSA — (*Encaminándose hacia interior*.) Coma algo. S'está poniendo muy flaco.

STÉFANO — Mamma... (*Los ojos muy abiertos*.) ¿Por qué se ha puesto eso botine?

M. ROSA — Estaba mojado el patio...

STÉFANO — Saqueseló. Queda feo.

M. ROSA — Uh... de qué te preocupase ahora. (*Sale por izquierda*.)

STÉFANO — (*En el mutis de María Rosa*.) Como para correr la mariposas. (*Decide trabajar. Dispone los papeles, destapa el tintero, moja el lapicero, deja. Se pone anteojos, enciende un toscano. Escribe*.)

RADAMÉS — (*De derecha*.) Tamo jugando a lo bombero. Yo voy adelante de la máquina. Soy el salvador. Saqué de un sexto piso a una vieja. Yo bajaba una escalera alta alta que se movía al viento y la vieja gritaba a babucha mía, prendida como una araña. (*Stéfano está suspenso; el chico anda sin mirarle*.) Me hizo dar miedo a mí cómo gritaba. Cuando yo había puesto el pie en la escalera alta alta que se movía al viento se cayó el balcón. La gente abajo aplaudía. Sería mejor que en vez de aplaudir la gente ayudase. (*Mutis por izquierda. Stéfano no se mueve; mira al frente. Vuelve Radamés*.) Mucho mejor que ayudase.

STÉFANO — Radamés...

RADAMÉS — (*Se le acerca*.) ¿Usted me puso ese nombre, papá? Está mal. Yo me debía llamar Salvador.

STÉFANO — A su hermano chicos ¿los vio?

RADAMÉS — Sí. Están jugando en la puerta de la cigarrería al oficio mudo. Yo estoy a la vuelta.

STÉFANO — (*Lo peina; le levanta la cabeza.*) ¿En qué mundo vive usted, hijo?

RADAMÉS — Y... en el suyo. (*Stéfano apoya su frente en la del chico.*) ¿Le duele la cabeza?

STÉFANO — Sí.

RADAMÉS — Papá, ¿qu'está haciendo?, ¿l'ópera? Eh, papá, ¿qu'está escribiendo? ¿l'ópera?

STÉFANO — No, hijo. Estoy instrumentando una cosa ajena. Para el que la ha escrito también es ajena. Sabe qué es instrumentar...

RADAMÉS — Si usted no me l'osplica...

STÉFANO — Se l'osplicado. No recuerda. A este papel tiene que ir escrito instrumento por instrumento todo lo que la orquesta toca. ¿Ve? Viole. Segundo violine. Viola. Flauta, echétera. Después se saca cada parte a una a una para que cada músico sepa lo que tiene que tocar.

RADAMÉS — Ah, sí. Porque lo músico de l'orquesta no saben lo que tocan.

STÉFANO — Sucede muy a menudo.

RADAMÉS — Tienen que leerlo en el papel, si no estarían mudo.

STÉFANO — Lo músico de orquesta, hijo, so casi siempre artistas fracasados que se han hecho obreros.

RADAMÉS — Ah, sí. Como a la fábrica. Uno con el martiyo, el otro con el serrucho, el otro con la raspa y todo al mismo tiempo. Es un baruyo, pero le pagan y dan golpe, raspan y serruchan. Sí. Usted es un gran maestro papá. Yo estoy orgulloso de ser su hijo. Un gran maestro que va a fabricar una gran ópera.

STÉFANO — ¿Quién te l'ha dicho?

RADAMÉS — Mamá, pero hace mucho. Un gran maestro que está escribiendo la gran ópera. Cuando se dé en el teatro yo voy a estar en el paraíso. Aplaudiendo, aplaudiendo. Yo estoy orguyoso de ser su hijo, el hijo de un gran maestro. (*Se va a la calle. Stéfano está tan abatido que la mesa lo esconde. Entra Margarita. Nada tiene que hacer... pero mueve las sillas, sacude, arregla.*)

MARGARITA — Ah, ¿estás aquí? ¿Quieres comer? La Neca está llorando en la cocina porque no cenaste. ¿Qué mirás? ¿Terminaste la partitura? ¿Qué mirás?

STÉFANO — Levantante esa media. (*Ella se agacha, afligida de verse tan pobre. Monologa él.*) ¡Y yo quería comprarle un castiyo a la Riviera!...

MARGARITA — ¿No quieres comer, entonces? Todo para hacerme sufrir. (*Mutis izquierda.*)

STÉFANO — (*Busca su sombrero, va a salir, pero un ruido que oye lo lleva a una de las ventanas. Hacia afuera.*) Ah, ¿están ayí?... Entren, que es tarde. Vean cómo están colorado. Han venido corriendo. No van a estar contento hasta que un ómnibus me pise uno. No haga mueca, usted, que lo estoy pispiando, mono. Ma mire a ésta cómo está arreatada. Ofelia... Le estoy hablando. Parece un varón... Toda despeinada, potreando siempre. Pst... Atilio, ¿por qué le pega a su hermano? ¡Qué ánima traviata tiene! ¿No sufre, usted, cuando sufre su hermanito? ¿Qué l'he enseñado yo? Limpíate la ñata, mocososo. Está siempre resfriado. Subite lo pantaloncito... lo tiene a media pierna. Abrígate el pecho. No, no hace calor. ¡Mire qué flaco está! Parece un títere. El otro, ahora. Comilón. ¿Eh?... ¿Adónde?... ¿Tienen que atravesar la bocacalle?... Bueno, vayan pero vengan en seguida. ¡No corran! (*En la otra ventana.*) Despacio. M'enojo. Aníbal... Usted qu'es el mayorcito, atienda a sus hermanos. Recuerde que yo

tengo miedo cuando no los veo. Vayan. ¡Ojo con el perro de al lado! (Como si los viera alejarse.) ¡Mire cómo están de pobrecitos!... (Se acongoja. Reanuda su labor. Escribe, habla, rezonga.) Adelante con este pasticho. Acá... No... (Solfea, escribe.) El fagoto. (Las notas que el fagote hará mueven su cabeza.) Con la viola... Tarirarí... Tarararí... (Escribe. Los bajos ahora.) Popó... po po pó... Popó... ¡Oigan cómo ha resuelto este paso esta bestial!... (Abandona la pluma, sopla, se quita los lentes, se agarra de la mesa.) ¡Fusilarlo é poco!... Popó... po po pó... (Se ríe, con las manos en la frente.) Analfabetos. Bah. Bah. (Moja la pluma.) El loco soy yo. El trombone ahora. ¡Strumento mañifico!... (Canta con la boca cerrada. Escribe.) Do... do... mi... la... la... (Canta.) ¡L'ánima tu... a!... (Sigue escribiendo. Neca aparece. Se ha peinado y tiene zapatos. Se acerca a Stéfano; tiende la mano para acariciarle pero no se atreve. Brotan sus lágrimas fáciles; apoya una cadera en la silla.) Neca... ¿qué tiene?

ÑECA — Estaba fea la salsa.

STÉFANO — Si no la probé.

ÑECA — Por eso. No le gustó. Le puse mucha sal. No medí bien... Pobre papá... sin comer. Y yo pongo atención y me esmero para que por lo menos lo contente la comida, pero...

STÉFANO — ¿Qué quiere decir este "por lo menos"?

ÑECA — Yo sé. Pobre papá que está siempre triste.

STÉFANO — (Pestañeando.) ¿Qué sabe, tú?... cariño mío.

ÑECA — A usted ya no le gusta la comida de casa.

STÉFANO — ¿Quién te ha dicho esta cosa inocente... esta cosa de ángel?

ÑECA — Yo sé. No le gusta porque mamá la hace sin ganas. Por eso que en quince días casi no ha comido.

STÉFANO — No es por eso, figlia...

ÑECA — Sí. Y hoy le pedí a mamá que me dejara cocinar y... fue peor. Pero yo voy a aprender, papá y...

STÉFANO — Hija... no tiene que aprender nada; ya sabe todo lo que tiene que saber. Cociná, cociná para mí; tu comida me vendrá del cielo. (Lloran.) Neca... hijita... oiga: si yo hubiera nacido nada más que para tenerla así... parada al lado de mi siya, yorando por lo que yoro... yo... estaría bien pago de haber nacido. ¿M'escucha? (Neca afirma, apoyada en el padre.) ¿M'entiende? (Neca niega.) No importa. Casi siempre lo que no se comprende hoy es la luz de mañana. Nel tiempo... cuando te acuerde de mí, te verás en esta noche, bajo esta lámpara, apoyada a esta mesita inútil e vas a ser feliz, al meno un minuto, recordándome. Mañana... siempre mañana.

MARGARITA — (Se ha peinado, recompuesto. Está serena. Parece otra.) Dejala. No la atormentes así. No me gusta que la atormentas. Ya sufrirá lo suyo, la infeliz, que para eso es hija mía. (Stéfano se suena la nariz.) Andá Neca; busca a tu amiga y paseá un poco. Vigila a los chicos. Levantante el pelito de la frente. Andá, desdichada. (Muts Neca.)

STÉFANO — Es angelicale. Es un milagro.

MARGARITA — Te ha dado la manía de hacerla yorar. En vez de alegrarla. Yora por nada.

STÉFANO — ¿Qué belleza mía crece en ese cuerpecito, en esa áulma colesté?... ¿Qué irá de los padres a los hijos?... ¡Uno debería despedazarse para hacerle a cada uno un paraiso de esta tierra infernal!... Y en cambio...

MARGARITA — (Sentada a la mesa.) Y en cambio...

STÉFANO — (La habla olvidado; la mira con una ceja muy alta.) En cambio... (Se pone a trabajar afanoso; su pluma rasga el papel depero.)

MARGARITA — (*Suspira, se inquieta, se pasa la punta de los dedos por la cara. Una vez, dos, tres. Está deseando llorar.*) Pobres de nosotros... pobres.

STÉFANO — (*Al fin.*) No. No crea. El premio viene siempre. Uno nace, empieza a sufrir, se hace grande, entra a la pelea, y lucha y sufre, y sufre y lucha, y lucha y sufre, pero yega un día que uno... se muere.

MARGARITA — (*Mimosa; la guía una idea.*) Ah... Ah... (*Lloriquea su historia.*) Si viviera Santiaguito... Tan cariñoso... con sus manitas gordas... su cabecita rubia... ¡Pobre Santiaguito!

STÉFANO — Ma... tiene gana, ¿eh?... Hace catorce año que se le ha muerto Santiaguito. Vamo. No remueva el dolor.

MARGARITA — Qué lindo estaría. Alto. Iba a ser alto, como papá... y... (*Stéfano levanta una piedra con que aprieta sus papeles y la deja caer. De pie, temblando.*) ¿Qué?... ¿Qué fue?

STÉFANO — Nada, nada. Se cayó la piedra. (*La recoge.*) Margarita... dejame trabajar.

MARGARITA — Vos no lo querías como yo. Sería un orgullo verlo. Tendría dieciséis años... seguiría marina... (*Stéfano en un arrebato hace que los papeles vuelen. Margarita presurosa, muda —hembra dominada por la fuerza— se pone a recogerlos. Da lástima en su afán por levantarlos. Stéfano la yergue y la besa apretándola a su cara.*) Vos no me querés más.

STÉFANO — (*Ciñéndola.*) No.

MARGARITA — Si me quisieras...

STÉFANO — ¡Yo te he querido más que a todo en el mundo, má que a la música, má que al arte!

MARGARITA — (*Deja colgar sus brazos.*) Pero, ahora...

STÉFANO — Nunca como ahora. Porque sos la madre de mis hijos y porque te ha quedado sola en mi corazón. ¡Te

debo tanto!... Te debo todo lo que te he prometido cuando creía yegar a ser un rey y te ofrecí una corona de oro mientras te apretaba ésta, de espinas, que te yena de sangre. Mire esta mano que yo soñaba cubrime de briyante... (*Se la besa con fervor.*) con olor a alcahu-cile. ¡Perdóname, Margarita!... ¡Tú debías haberme enga-ñado como al último hombre devolviendo este enga-ño tremendo con que te he atado a mi vita oscura e miserable!

MARGARITA — Algo ha ocurrido. Me vas a dar una mala noticia. Lo sospechaba.

STÉFANO — (*Apretándola.*) Quedate así... Margherita... ha-ce quince día que he perdido el puesto a la orquesta.

MARGARITA — (*Desenlazándose.*) ¿El puesto?... ¿El puesto en la orquesta?... ¿Ya no tenés el puesto?... ¿Después de diez años?... (*Se vuelve.*) Te peleaste.

STÉFANO — No.

MARGARITA — Sí, te peleaste. Te conozco. Peleaste con alguien, y te echaron. Te has enfurecido, con ese orguyo que no podés contener y que nos ha arruinado, y te echaron.

STÉFANO — (*Crita.*) ¡No! ¡Te digo que no! (*Reaccionando.*) Te digo que no. Me hicieron la camorra. Nunca he tenido má paciencia que en este último mes —aunque nunca tam-poco he visto e oído tanta indiñitá artística e morale— pero no sé por qué presentía un desmoronamiento e como uno de tantos ho agachado el lomo, como uno de tan-tos... ¡No! la camorra, la traición. ¿Sabe quién me ha sacado el puesto? Pastore.

MARGARITA — ¿Tu discípulo?

STÉFANO — Mi discípulo. Esa mula.

MARGARITA — Pero... ¡Es increíble!... ¡Es increíble!... Te lo debe todo... Te lo debe todo...

STÉFANO — Por eso. Estaba en cuatro pata, yo le puse a la vertical e la última patada me correspondía.

MARGARITA — ¡Qué traidor! Y sigue viniendo y te trae instrumentaciones, trabajo...

STÉFANO — Güeso para que me distraiga. Eso é lo incomprendible: venir a gozarse... Parece mentira que un hombre sea per que...

MARGARITA — ¿Cuándo lo supiste?

STÉFANO — Hace tres días. Me lo dijo Vaccaro, el corno.

MARGARITA — ¿Y te vas a quedar así?

STÉFANO — Muy triste. Este espectáculo de la perversidá humana me yena de tristeza, Margherita.

MARGARITA — ¿No le vas a romper la cara?

STÉFANO — Sí, ahora lo busco. Sí, a esta altura de la vida voy a empezar a vengarme. Si hubiera tenido que romperle la cara a todos los que me traicionaron... sería Dempsey. Dejaló. Debe sufrir como un perro.

MARGARITA — (*Sarcástica.*) ¡El!

STÉFANO — Yo soy fuerte todavía, alto, diño... Puedo mirar con desprecio.

MARGARITA — Vos te vas a morir mordiéndote los puños.

STÉFANO — Creo que sí. Lo tengo descontado.

MARGARITA — Nosotros somos los fuertes, que cargamos con tu dignidá sin pecado ni gloria. Te has ido acostumbando a que, bien o mal, nosotros soportemos la carga de tu conciencia. ¿A qué nos ha llevado tu altura? Es vergonzoso que un músico como vos, primer premio del conservatorio de Nápoles, dependa de un puesto de mala muerte.

STÉFANO — No se han terminado las orquestas en Buenos Aires.

MARGARITA — No lo vas a conseguir.

STÉFANO — ¿Por qué?

MARGARITA — Porque vos no conseguís nada; porque vos no has conseguido nunca nada; porque vos, lo único que has hecho es confiar en todos los que te hunden y perdonar a todos menos a los que te quieren; porque sos siempre el último; porque pudiendo ser el primero sos siempre el último. ¡Con lo que sabés!... Otro son ricos, famosos, con la mitá de lo que sabés. Es tu falta de carácter y modestia mal entendida lo que nos tiene así.

STÉFANO — (*El tampoco lo sabe.*) Ma... ¿soy orgulloso o soy modesto?

MARGARITA — Tener que vivir aquí... (*Anda desalentada en derredor de la memsa.*) hundida en la grasa, en esta casucha triste; apretados, amontonados, teniendo que pedir prestado el aire cuando hace calor y robándonos las frazadas cuando hace frío. Con ese pobre hijo viviendo en el altillo y trabajando como un esclavo, en vez de cultivarse... que él sí está lleno de ideas. Lo estás malogrando a tu hijo. A todos nos has malogrado. No me cumpliste nada. Yo no me casé para esto. Ni una página has hecho. ¡En veinte años! ¡Ah, no!... ¡Yo no merecía esto!... No digo brillantes... no me importaban... pero otra vida, otro ambiente, otro destino... otro destino. Con esos pobres chicos, sin culpa, en la calle... (*Va al zaguán; llama.*) Chicos... Aníbal... Atilio... Ofelia... Chicos... (*Vuelve.*) Vivir así. ¡Sí, me engañaste! ¡Me engañaste! (*Llora.*) Y no tenés perdón. ¡Me engañaste!

STÉFANO — E verdá. E la cruda verdá que me punza el cuore. (*Se le ven las palmas de las manos.*) Estoy frente a la realidad. Quiero e no puedo. ¿Por qué? Dío lo sá. Sé tanta música como... Puccini; conozco la orquesta... como Strauss; tengo el arte aquí... (*Las yemas de los de-*

dos.) y aquí... e no puedo. La fama está en una página, ma... hay que escribirla. ¡Tormento mío! (Se cubre la cara.)

ALFONSO — (Reaparece queriendo ser grato. Transformado por su cañita. Le pica en los dorsos de las manos anquilosadas.) Hasta mañana. ¿Qué tiene? ¿Te duéleno la muela? Por eso no come hace tanto día. Hacétela arrancare. ¡Qué gana de sufrir! (Cordial.) State buono. (Se va por izquierda.)

STÉFANO — ¿Tiene lista la cama el viejo? ¿Le ha puesto la uva en la mesita para cuando se despierte? (Ella lo mira a través de sus lágrimas.) Cálmate, Margherita. Tiene razón... tiene razón... (La acaricia.) Ma yo te prometo...

MARGARITA — Dejame.

STÉFANO — No. Yo te prometo que... (Le mete un dedo en un ojo.)

MARGARITA — ¡Ay!

STÉFANO — Perdón.

MARGARITA — (Rabiosa.) ¡Ay!

STÉFANO — Siempre así. Es un símbolo éste. Sólo hago daño a los que quiero. Trae que te sople...

MARGARITA — ¡Déjame... dejame!... (Mutis a interior.)

STÉFANO — (De pie junto a su mesa, las manos en los bolsillos, un hombro muy bajo, está lejos, sonriendo torcidamente a sí mismo. Silencio. La mueca. Despierta mirando un pasaje del trozo musical que tiene a la vista.) Mira a qué tono pasa este café... (Se pone a corregir.)

PASTORE — (Es pequeño, cabezón, de ojos azules, inexpresivos, muy separados. Viste como Stéfano o de marrón o gris oscuro, de mal corte. Botín de color de caña chillona. Usa el cabello a lo Humberto y el bigote a la americana. Tiene la boca chica y al hablar, con su voz tierna

y sin altos, no se le mueve la "embocadura". No sabe llorar; cuando el dolor lo hiere se pone estúpido. No sabe reír; cuando se alegra hace pucheros. Anda cautelosamente, con miedo de pisar y de ser ruidoso, y al sentarse a detenerse está cómodo porque... no se movería. Si alguien se enoja o levanta la voz, desea irse. Difícilmente mira a los ojos. Es un tímido y parece un traidor. En una funda de felpa negra o verde bajo trae un trombón y en un rollo papeles de música. Aparece con la mano en el ala de la galera.) Permiso, maestro. (Stéfano mirá por sobre sus vidrios.) Yo.

STÉFANO — (Iluminándolo con su lámpara.) Pastore... (La mueca de dureza. Sonríe.)

PASTORE — ¿Cómo está, maestro?

STÉFANO — Bien. Muy bien. Entra nomás. No te esperaba tan pronto.

PASTORE — Sí... Tenía que venir ante de ayer a traerle esta plata de la partitura, pero... me venía mal y...

STÉFANO — Sí. Comprendo. (Por el sobre que le tiende, ofuscado por la luz.) Tírala ayí esa plata. (Pastore deja el sobre y se aleja.) Sentate. (Vuelve la lámpara a su sitio. Piensa, sin mirarle. Se decide.) Disculpa un momento. Voy a terminar esto do compase. No vale la pena... Sentate. (Se oye a su pluma nerviosa. Pastore se queda de pie, lejos de los muebles, serio, estúpido aunque está lleno de pensamientos. Stéfano solfea, elaborando su ira.)

PASTORE — Maestro... Ho yegado en mal momento...

STÉFANO — No. Al contrario. Ha entrado a tiempo. Poca vece ha entrado tan a tiempo con ese instrumento. Ponelo a la mesa. Deja todo.

PASTORE — Puedo volver mañana...

STÉFANO — No. Sentate. No me haga el cortés. Ya está aquí ahora. Sentate. (Pastore se sienta a la cabecera más cer-

cana a la puerta. Escribe Stéfano.) Fa... fa... fa...
(Sopla.) Mi... mi... mi... ¡mil!... ¡Benedeto sía qui
me enseñó la música!... (Grato.) ¡Póvero maestro sfor-
tunato... como todo lo que vale! (Escribe.) Sí... sí...
sí... ¡sí!... (Arroja la lapicera.) Basta. (Aprieta los pa-
peles con una piedra pesada.) Sentante. Está bien. (Son-
ríe mirándole mientras limpia sus lentes.) L'amico Pas-
tore. (Anda por foro detrás de Pastore, inquieto.) Sentate.
¿Qué tiene? ¿Hormigas? (Cierra la puerta de izquierda.)

PASTORE — No, maestro... hace calor.

STÉFANO — (Mirando a la calle por una persiana.) Va a yover.
¿No se lo anuncia la hernia?

PASTORE — No... E tiempo de que haga calor...

STÉFANO — Yíá... por lo general en verano hace calor. Sí,
estamo de acuerdo. Acorde perfetto. (Sopla.) Estoy yeno
de música ajena, de mala música ajena... de spanté-
vole música ajena robada a todo lo que murieron a la
miseria... por buscarse a sí mismo. Yeno. ¡Yeno! ¡Ma-
ledeta sía Euterpe y... (Encarándolo.) ¿Sabe quién era
Euterpe? Perdón... es una pregunta difíhile que no
merece. Se lo voy a explicar, como le he explicado tanta
cosa que le han servido más que a mí. Euterpe es la musa
de la música. Las musas son nueve... ¿qué digo: son?
eran. ¡Han muerto las nueve despedazada por la canalia!
Bah. M'equivoco. Esto no son conocimiento que sirvan
para hacer carrera. Para hacer carrera basta con una
buena cabeza que se agache, un buen cogote que calce
una linda pechera y tirar... tirar pisoteando al que se
ponga entre las patas... ¡aunque sea el propio padre!
Eh?... ¿Qué te parece la teoría, Pastore? La teoría e la
práctica. (Arrebata un cuaderno de sobre su mesa.) ¡Sol-
feame esto a primera vista! (Le oculta el título.) ¡Va-
mol!

PASTORE — Maestro...

STÉFANO — Solfear a primera vista é l'añañosia de un ejecu-
tante de orquesta. Usté no puede porque es impermea-
ble al solfeo. Solfea. Sentate. Solfea.

PASTORE — Maestro...

STÉFANO — ¿Sabe qué es esto? Bach. ¿Quién es Bach e qué
representa a la música? No sé. ¿E qué falta me hace sa-
berlo? Basta que lo sepa usté maestro, para poder malde-
cir noche e día contra l'iñorancia e la vigliaquería. Aquí
no se trata de saber, se trata de tener maestro. No se trata
de cultivarse con la esperanza de bajar del árbol sin
pelo a la rodiya y a lo codo, con un pálpito de amore
o una idea de armonía, al contrario, maestro, se trata
de aprender en la cueva una nueva yinnástica que fa-
cilita el asalto y la posesione, porque en esta manada
humana está arriba quien puede estar arriba sin pen-
sar en el dolor de los que ha aplastado. ¿Usté qué sabe?
Nada. ¿Sabe que Beethoven agonizó a una cama yena
de bichos?... No le interesa. Lo único que le inte-
resa de Beethoven e que cuando se toca alguna sin-
fonía lo llamen y le paguen. ¿Sabe quién es el papá de la
música?... No es el empresario que paga a fin de mes;
no: e Mozart, ¿Qué era Mozart? ¿Alemán o polaco?

PASTORE — (Pestañeando.) Polaco.

STÉFANO — No.

PASTORE — Es verdad: alemán.

STÉFANO — Tampoco. Autriaco, inocente. No sabe nada de
nada. Lo iñora todo. ¿Cuál es la capital de Estados Unido
de Nord América?

PASTORE — Eh..., no tanto, maestro: Nova York.

STÉFANO — Washington, pastinaca. ¿Qué sabe de la Osa Me-
nor? Sabe que la osa menor e la má chica de las dos
que hay en el zoológico, pero de aqueya otra que nos

mira e quizá nos quiere... ne una guiñada. (*Pastore parece dormido.*) ¿Sabe que Colón no era gayego? ¿Sí? ¿Quién se lo ha dicho? ¿La Pinta o la Niña?... ¿A que no sabe adónde tiene el peroné?... Atrás de la tibia, lo tiene... (*Le pellizca la pantorrilla.*) Este es el peroné.

PASTORE — ¡Ay!

STÉFANO — Ecco: lo único que le duele es la carne.

PASTORE — Maestro... por qué hace esto conmigo?... No me lo podré olvidar nunca este pasaje. M'está haciendo doler el ánima, maestro. Usté no sabe, usté ñora... ¡No! Mi deber es irme. Está bien. Soy un vile.

STÉFANO — ¿Qué ñoro?

PASTORE — El puesto suyo a la orquesta...

STÉFANO — ¡Ah, se entendíamo!... No es tan estúpido como parece. ¡Me lo ha robado lo puesto!

PASTORE — No.

STÉFANO — Se ha juntado con la camora y me lo ha robado.

PASTORE — No, maestro; no. ¿Cómo explicarle?... Lo he achetado después de saber que no se lo iban a dar má, e de pensarlo día e día, e de pedir parecere e consejo a sus amigo.

STÉFANO — No tengo amigo. ¿E por qué no vino a aconsejarse aquí? Era su obligación de hombre decente.

PASTORE — Sí... ma, ¿cómo se hace eso?... ¿cómo s'empieza una conversación de tale especie con usté, maestro?... Es que usté no sabe qué hay abajo.

STÉFANO — ¿Qué va haber?: envidia.

PASTORE — No, maestro, no.

STÉFANO — No haga el pobrecito, Pastore. No se esfuerce en darme lástima. Te la he perdido, e para siempre. No trate de justificarse. Si a mí, nel íntimo, me complace. No sé qué sabor pruebo de ser combatido, de ser derrotado.

Caer me parece triunfar en este ambiente. E como si me vengara del que pisotea: "¡Estoy abajo, me pisa, pero no me comprende. Yo sé quién sos, canalia, e tú nol"... Si no fuera por esto chico míos, me tiraba al suelo para que pasaran todo por encima y poder expirar sonriendo a la vigliquería humana.

PASTORE — (*Es un muñeco ridículo, está llorando.*) Maestro... Maestro... ¡Cómo me duele!

STÉFANO — No ponga esa cara de cretino. Estoy acostumbrado a anidar cuervos. ¿Qué va haber abajo? Traición, envidia, repudio. Sobro en todas parte yo. Molesto en todas parte. Sé demasiada música yo, para que me quieran los músico. Incomodo a lo compañero porque se sienten inferiore, e fastidio a lo direttore porque saben que les conozco la audacia e no m'engañan con posturas. Molesto porque soy un espejo que refleja siempre la figura fiel de quien se mira. Yo comprendo; es terrible tener que confesarse: "Yo soy capaz de esta porquería e Fulano no. ¿Cuándo reventará Fulano?" y se explica el codazo y el empujone. Lo que no m'explico es que un pajarraco como tú pueda picotear tan arriba; lo que me duele es haberte enseñado un arte. A te. Debí despreciarte aquel día que yegaste a este cuarto con lo clavo de lo botine y esta misma cabeza de cepiyo, pero la lástima... Bah... Andate, Pastore. Yevate esta otra partitura que me traes para endulzarme la píldora avelenada y este instrumento que ejercítase. Va. E siga así, atroyendo. Tú terminas tocando la corneta al soterráneo. Andá tranquilo. Ya me ha pagado. No sufra mucho. Tengo un cajón yeno de plata como la tuya. Va.

PASTORE — No.

STÉFANO — Pastore... salí. Hacía mucho que no tenía de frente a un enemigo. Tengo miedo que pierda la emboca-

dura con que da de comer a tus hijo. Tiene cuatro, ya sé. Tre mujere y un varón. Una e muda y el varón el año pasado se tragó un cobre de do centavo; me lo contaste todo... pero andate. Ponete esta galera generosa que te hace creer que tiene cabeza. (*Se la pone ruidosamente.*) Va.

PASTORE — No.

STÉFANO — Pastore... (*Le m̄anosea las solapas.*) Me suben ciertos impulsos...

PASTORE — Maestro... osté e lo peor que pueda ser un hombre: injusto e ingrato.

STÉFANO — ¿Yo? ¡Inorante stúpido! ¡Te he dado el pan de tus hijo... tú me robaste el de los míos e todavía!...

PASTORE — Puede pegarme... ma el puesto suyo estaba vacante. No se lo quieren dar más ne ahora ne nunca, porque usté, maestro, hace mucho que hace la cabra.

STÉFANO — ¿Yo?...

PASTORE — ¡Sí! ¡La cabra! No se le puede sentire tocarse. No emboca una, en cuando emboca, trema... (*Imita.*) Bobobobo.

STÉFANO — ¿Yo?... (*Está inmóvil, de pie, alto.*)

PASTORE — Esto é lo que me ahogaba e no quería decirle per respeto e consideracione, maestro. Sus propios amigo, la flauta, la viola e il contrabasso, me aconsejaron que achetase. Igual le daban el puesto a otro que lo necesitara meno que yo... yeno de obligacione. E no es de ahora la cuestión; ya el año pasado estuvimo a lo mismo, pero se juntamo vario e le pedimo al direttore que no hiciera esta herida a un músico de su categoría. Yegamo hasta a despedirno de la orquesta... e la cosa s'arregló sin que usté supiera. Ma este año empeoró. El direttore no quiso saber nada aunque le yoramo una hora e pico a su propia casa. Por eso, maestro, en esto último tiempo

ho golpeado de puerta en puerta consiguiéndole instrumentaciones e copias para que se defendiese sin...

STÉFANO — ¿Ya?... ¿La cabra?...

PASTORE — Eh, maestro, l'orquestra mata. Yo, que casi soy nuevo, siento que ya no soy el mismo. Ante, cuando iba arriba, temblábano lo vidrio, ahora tengo que dejar lo pulmone para hacerme oír... usté, con tantos años...

STÉFANO — (*Tambaleando, se acerca al trombón, va a desenfundarlo, pero no se atreve.*) Sí... sí. Sí... sí. ¿E ahora? ¿E ahora?... (*Sufre una crisis.*) Oh... oh...

PASTORE — ¡Maestro!... ¡Maestro!...

STÉFANO — St... Cayate. Cierra. Cierra esa puerta.

PASTORE — (*Cierra la puerta de izquierda, y acude a echarle viento con su sombrero.*) Maestro... usté me despedaza l'ánima... Voy a renunciare al puesto.

STÉFANO — ¿E ahora?... He visto en un minuto de luche tremenda, tutta la vita mía. Ha pasado. Ha concluido. Ha concluido y no he empezado.

PASTORE — Ma no... Exagera. ¿Qué importa l'orquestra? E mejor así. Está más tranquilo. Su hijo mayor trabaja ya. Recupere el tiempo perdido. Co lo que usté sabe... Escriba esa ópera que tiene qu'escribir. Todo lo espero.

STÉFANO — ¿L'ópera?... Pastore... tu cariño merece una confesión. Figlio... ya no tengo qué cantar. El canto se ha perdido; se lo han yevao. Lo puse a un pan... e me lo he comido. Me he dado en tanto pedazo que ahora que me busco no m'encuentro. No existo. L'última vez que intenté crear —la primavera pasada— trabajé dos semana sobre un tema que m'enamora... Lo tenía acá... (*corazón*) fluía tembloroso... (*Lo entona.*) Tira rará rará... Tira rará rará... Era Schubert... L'Inconclusa. Lo ajeno ha aplastado lo mío.

PASTORE — Maestro...

STÉFANO — Sí, figlio... no me quedaba más que soplar. (*Llora con la cara en la mesa.*)

PASTORE — No sé... Creo que molesto... Maestro... tengo l'ánima yena de confusione e agradecimiento... Le pido perdón...

STÉFANO — Perdóname tú.

PASTORE — (*Por el rollo de papeles.*) Dejo eso...

STÉFANO — Gracie, Pastore.

PASTORE — Nada. Se no ne ayudano entre nosotros... (*Se aparta.*)

STÉFANO — (*Sonríe.*) Uno se cré un rey... e lo espera la bolsa.

PASTORE — Molesto... (*Se va.*)

T E L O N

E P I L O G O

En la misma decoración. A las dos de una noche de invierno. Hace muchas horas que llovizna. La cama-jaula h̄a desaparecido; en ese rincón, una cuerda tiende ropa blanca, mojada. Poca. Sobre la mesa, un calentador, cafetera, pava, mate, etc. Radamés, en el sofá, envuelto en sábanas y colchas, duerme su mal dormir. Margarita, sentada junto a la mesa, aguarda al hijo. Tiene los ojos muy abiertos y tiembla a pesar de la pañoleta que la abriga. Su nariz se afila; su boca, apretada, es una línea curva. El viento juega en las persianas, detrás de los postigos cerrados.

RADAMÉS — (*Soñando.*) Bueno. Ya voy. Ya voy. (*Masculla una larga frase. Margarita lo recubre.*) Se ahogan. Dejen pasar. Dejen pasar. (*Se oye una llave en el cerrojo de la calle. Margarita, sonriente, entreabre la puerta del zaguán, alista los enseres del mate y espera.*)

ESTEBAN — (*Con gabán y bufanda. Quejoso.*) Pero...

MARGARITA — Qué temprano venís.

ESTEBAN — Pero mamá... no quiere comprender...

MARGARITA — No. ¿Te mojaste mucho?... Sí. (*Le ayuda a quitarse el sobretodo.*) No te enojés. Soy feliz estando sola con vos, de noche... con frío. ¿No entendés que soy feliz? Si no esperara esto todo el día... ¿No se te mojó el saco?

ESTEBAN — Bueno, pero acuéstese ahora.
 MARGARITA — ¿No vas a escribir?
 ESTEBAN — No, si no se acuesta.
 MARGARITA — Te cebo unos mates antes.
 ESTEBAN — Ya tomé.
 MARGARITA — ¿Con los muchachos?
 ESTEBAN — Sí.
 MARGARITA — Qué lástima... (*El la atrae a su pecho con ternura severa.*) Hijo. (*Callan, en un viaje largo.*)
 ESTEBAN — ¿Papá duerme?
 MARGARITA — No está. (*Para sacarle de la meditación en que se ha sumido.*) ¿Qué hora es?
 ESTEBAN — Las dos y media (*Piensa en alta voz.*) Está triste la calle. Es un verso. (*Por la araña.*) Encienda. Hace más frío así. (*Margarita enciende.*)
 RADAMÉS — (*Soñando.*) ¡Uffa! Son muchos. Agarrensé. Agarrensé.
 ESTEBAN — Le molesta la luz.
 MARGARITA — No. Tiene una noche agitada.
 RADAMÉS — (*Incorporándose, desgreñado. Cree seguir soñando. A Esteban, que lo observa.*) ¿Vos también? Te hundís. Agarrate. ¡Agarrate! (*Se cubre. Esteban lo acaricia.*)
 MARGARITA — (*Sin mirarle.*) Te guardé leche. ¿Tomás, con un poco de café?
 ESTEBAN — No. No deseo. (*Se sienta en la mesita.*)
 MARGARITA — En un minuto.
 ESTEBAN — No; no.
 MARGARITA — Bueno, no. Escribí. Escribí. (*Esteban se acoda, las manos en la cara. Ella, cautelosa, le acerca la luz.*)
 ESTEBAN — No. Me falta. No está todavía. Un verso que se resiste...
 MARGARITA — Pensá. Pensá. Todo lo que se resiste vale.
 ESTEBAN — ¿Cómo lo sabe?

MARGARITA — (*Sonriendo.*) No sé. ¿Está mal?
 ESTEBAN — Está bien. (*Le molesta el cabello en la frente; ella se lo peina, acariciante.*) ¿Dónde estará papá?
 MARGARITA — (*Se alza de hombros y luego.*) Si se queda, tampoco duerme. Se ha acostado tan tarde toda su vida que... Esteban, contame. No me contás nada de lo que te ocurre.
 ESTEBAN — No tengo qué contarle, mamá. No sé... No ocurre nada, mamá..., pasa..., se aleja...
 MARGARITA — De lo que pensás.
 ESTEBAN — Lo que se piensa no se cuenta, se escribe.
 MARGARITA — (*Porque él mira la habitación.*) ¿Qué es?
 ESTEBAN — Yo he vivido antes esto.
 MARGARITA — ¿Qué?
 ESTEBAN — Esta noche. Lejos, en un recuerdo que no es este mío. Una pieza así... con esa puerta cerrada... lloviendo... con esta luz... usted mirándome así... y... (*Sin moverse señala a Radamés: sabe que hablará.*)
 RADAMÉS — Se van. Se van. Uno detrás de otro. Se van.
 ESTEBAN — Igual. Igual.
 MARGARITA — Estás cansado, hijo.
 ESTEBAN — (*En su visión.*) Como si hubiese vivido otra vida, un pasado que desconozco y que flota de pronto... Ya se despintó.
 STÉFANO — (*Afuera, como si llamara a la ventana de la otra habitación.*) Margherita.
 ESTEBAN — Papá.
 STÉFANO — Ohu. Margherita.
 ESTEBAN — Me voy arriba. (*Se echa encima el sobretodo.*)
 MARGARITA — Pasá por aquí. (*Izquierda.*)
 ESTEBAN — No. (*En la derecha.*) Hasta mañana. Acuéstese.
 STÉFANO — (*Golpea en foro.*) Margherita. Ohu. Me olvidé layave. (*Esteban da la suya.*)

MARGARITA — ¡Cómo viene!

STÉFANO — Gherita... Yuve. Ohu. (*Margarita le alcanza la llave por entre las persianas.*) Ah. M'olvidé la yave. (*No la ve.*) ¡Traiga! (*Se despide.*) Bueno, Pastore... state bueno. Diga, ¿puede ir solo?... (*Ríe.*) ¿Quiere que lo acompañe? Como quiera. Eh, ¿por dónde va? Agarre la casita del perro. (*Ríe.*)

ESTEBAN — (*A Margarita, que cierra la ventana.*) Acuéstese.

MARGARITA — Sí. (*Apaga la luz central, besa al hijo que se va por derecha y mutis. Ella por izquierda.*)

STÉFANO — (*Ha envejecido. Los sufrimientos son años. El sobretodo con las puntas del ruedo muy bajas le cuelga en la percha de sus hombros flacos. Le cuesta cerrar la puerta; acaba cerrándola de un golpe brutal. Al volverse, sonríe sin luz en los ojos, con los pómulos altos, la lengua afuera. No piensa ya en el porvenir y está absurdamente alegre. Canta sin tono su obsesión.*) Buen día, su señoría... Mantantirulirulá. (*A Margarita, a quien cree presente.*) M'olvidé la yave... e no sé adónde. (*Al apoyarse a la mesa abandona la que trae.*) “¿Qué quería su señoría?... Mantantiruliru...” (*Se le engancha un pie a una pata de la mesa. Intenta desenlazarle calmadamente, pero debe recurrir a la violencia. Voltea un manubrio imaginario.*) lirulá. (*Se queda contemplando la lamparilla de su mesita. Le sonríe, sarcástico, la amenaza; le pregunta, con las puntas de los dedos apretados en alto.*) ¿Qué quiere?... ¿Sigue iluminando al muerto?... (*La odia; va a arrojarle su sombrero... pero le dedica el cantito.*) “¿Qué quería su señoría?... (*Obsequioso.*) Mantantirulirulá”. Margherita... ¿Está haciendo la vittima? Margherí... (*Al comprobar la ausencia.*) S'esconde. Repuño. (*Grita.*) ¡Margherita! ¡Margherita!

RADAMÉS — (*Revolviéndose.*) Bueno, bueno. No griten. Ya estoy aquí. Ya estoy... (*Resopla; parece que nadara.*)

MARGARITA — (*Frente a la puerta cerrada; enemiga.*) Vas a despertar a los chicos.

STÉFANO — (*Cortés.*) M'olvidé la yave e... No: le he pedido cuarenticinco mil cuatrociento noventicuatro vece que me deje encendida esta luz. (*La de la araña.*) ¡Y no! ¡Está esa! Cuarenticuatro mile noveciento... ¡Esta casa es una mazamorra... una mazamor... ¡una mazmorra! (*Margarita enciende.*) ¡Oh, benedetta sía la luche! “Mantantirulirulá”. Acuéstese, nomás. No me haga la víctima. Duerma. (*Ronca.*) Ronque. Yo ya no preciso dormir. Vaya. (*En el mutis de ella.*) “Buen día su señoría...” (*Se le ven los dientes.*) “Mantantirulirulá”. (*Una crisis de alegría dolorosa lo convulsiona.*) ¡Ay!... Repuño. Molesto. (*Quiere tapar a Radamés, pero tambalea y le apoya rudamente una mano en la cara.*)

RADAMÉS — (*Incorporándose, asustado.*) ¡¿Qué?!... ¡¿qué?! ¡¿qué?! ¡¿qué?!

STÉFANO — (*Apresurándose a calmarle.*) Nada, nada. Yo, yo. Te quería acariciar y...

RADAMÉS — ¿Papá?

STÉFANO — Yo.

RADAMÉS — Ah, sí. ¿Sabe qué pasó?

STÉFANO — No.

RADAMÉS — Se partió un buque por la mitá.

STÉFANO — ¿Sí?

RADAMÉS — La gente se caía al agua como bichos. Se caían, se caían, se caían. Alguno flotaban, otros se daban vuelta, y se hundían dejando globito. Cuando el mar estaba yeno yeno, yo m'embadurné todo el cuerpo de goma... goma... goma y me tiré. La gente se pegó a la goma. Yo me hice grande, grande, con todos pegados. Entonces

el mar se secó, y yo, caminando, caminando, salvé a todos.

STÉFANO — ¡Magnífico!

RADAMÉS — Se fueron todos corriendo sin darse vuelta.

STÉFANO — Mejor. No hay que cobrar los favores.

RADAMÉS — Yo me senté a pensar, pensar.

STÉFANO — (*Para que se duerma.*) Siga pensando, entonces.

Ese es su mundo: estúdielo. Yo pienso en el mío.

RADAMÉS — ¿Usted también?

STÉFANO — Sí, yo también. Yo también he hecho una ópera.

RADAMÉS — ¡Claro que sí!

STÉFANO — Una gran ópera.

RADAMÉS — Una gran ópera. Yo la oí. La tocaron al teatro.

STÉFANO — ¿Se acuerda?

RADAMÉS — ¡Claro que sí!

STÉFANO — Si usted la ha oído... yo la he hecho.

RADAMÉS — ¡Claro que sí!

STÉFANO — Siga pensando, entonces.

RADAMÉS — Pensemo.

STÉFANO — (*Otra vez arrebatado.*) ¡Ayy!

RADAMÉS — Está contento.

STÉFANO — Muy contento. ¿Sabe por qué? Porque yo también me he liberado de todo lo dolores ajeno. Ahora pienso para mí solo.

RADAMÉS — ¿No es tarde, papá?

STÉFANO — Sí... muy tarde.

RADAMÉS — Vaya a dormir, entonces. (*Se enrosca.*)

STÉFANO — (*Sonríe.*) Uh... No se apure tanto. Pronto voy a ir. (*Al pasar, y por el centro de mesa, que estará donde convenga.*) Qué gana le tengo a ese florero... (*Le sonríe, lo mira de soslayo; se aleja.*) Siempre le tuve gana. Hace doce año que lo veo. Siempre ayí, en el medio, esperando. ¿Qué?... (*Se quita el gabán. Es fatal; romperá el chis-*

me.) Es mucho. Le he tenido má lástima que a un hijo. "¿Qué quería su seño?... " (*El centro se hace añicos. Crece su furor.*) Y a esta araña, también... No; aqueya... aqueya. (*Se dirige a la de la izquierda, afanoso.*)

MARGARITA — (*En la puerta.*) ¡Chel! ¡Chel! ¿Te has vuelto loco?

STÉFANO — (*Con calma preñada de peligro.*) Pst... Todo es mío. Voy a romper todo. Un gusto de patrón que hace con lo suyo lo que quiere. Voy a romper todo lo mío.

MARGARITA — ¡Chel! ¡Grito!, ¿eh?

STÉFANO — (*Con el sobretodo no deja cosa sobre la mesita.*) ¡Oh, qué piachere!

MARGARITA — ¡Viejo! ¡Mamá! (*Mutis izquierda, Radamés ronca.*)

STÉFANO — ¡Aire! ¡Aire! (*Una silla hace cabriolas.*) ¡Oh!

NECA — (*En chancletas, mal cubierta con un trapo.*) ¡Papá! ¡Papá querido! (*Llora aterrada.*)

STÉFANO — (*Se detiene; la mira en el pecho.*) ¿Por qué yora? Esta es una alegría mía. ¿No puedo tener una alegría?

NECA — No, papá... no.,

STÉFANO — Está bien.

ALFONSO — (*En camiseta, envuelto en una colcha, un brazo afuera.*) Stéfano... ¿Qué tiene?

STÉFANO — ¿Adónde estoy?... (*Se inclina.*) Buena noche. Marco Antonio. Estamos a l'antigua Roma.

M. ROSA — (*La cama la transforma en una bruja.*) ¡Figlio! ¡Figlio!

STÉFANO — Media noche. Falta el bonete e l'ascoba... (*Da unos trancos imitando a las brujas.*) Oigo campanas...

ALFONSO — ¡Debería darte vergüenza!

STÉFANO — Pst... Pst... "Andate". No. "Grandioso". "Andantino". "¿Qué quería, su señoría?... Mantantiru..."

ESTEBAN — (*Teniéndose levantado el cuello del saco, Marga-*

rita le sigue muy agitada.) ¿Qué hay? ¿Qué hay de nuevo?

STÉFANO — (Con exagerada fineza.) Ah... también ha yegado la fría cassata. Estamos todo. No hay nada nuevo, señor. Todo es viejo, pasado, podrido. Nada. Meno no puede haber. (Margarita solloza, abrazada a Esteban. A éste.) Tú... que tiene autoritá —aqueya mía— hacela cayar. No me gusta la música. No sé qué me da. (Con ademán repentino se descompone la ropa. Satisfecho ahora de no oírla.) Oh. ¿Ha bajado de su torre la fría cassata? Estaba haciendo versos. Verso de amor, seguro. (Rasca como si ejecutara en una mandolina. Con los párpados bajos, la piel de la frente estirada, remeda a Pierrot.) ¡Oh, l'amor!... ¡Oh, la luna pálida nel cielo azull!... (Rasca. Se burla.) Oh, oh, oh. ¡Oh, l'amor, dueño del mundo!... (Dirigiéndose a don Alfonso.) ¡Oh, l'amor del padre que guía y sostiene al hijo que avergüenza y arruina!... (Rasca aceleradamente.) Oh, oh. (Ante María Rosa.) ¡Oh, l'amor de la madre que da el ser, e que yora día e noche... porque el hijo ingrato, desde que nace hasta que muere, sólo le da dolore!... (Rasca.) Oh, oh. (Frente a Neca, que se cubre los oídos con los brazos.) Oh, l'amor de la figlia... (Llora.) ¡Oh, la figlia cheleste que cocina afanosa... e se arrastra... e s'enflaquece... para que al padre sfortunato se le rompa il cuore! (La cabeza sobre el pecho, la imaginaria mandolina lejos de sí.) Oh... (Reacciona.) Oh, l'amor del primogénito... descanso de anciano... dulce fruto primero de un grande amor... prima miele del hombre... (Sarcástico.) ¡que vive ñorando cómo sufre el padre! (Rasca violento.) Oh, oh. (Ante Margarita.) ¡Oh, ecco la donna! ¡Oh, l'amor de la mujer!... Carne de sacrificio, eternamente engañada; que se da toda sin pedir nada; ser diño de compasión,

arrancado del paraíso per brutal mano. Madre, hermana e compañera; almoada e caricia, ¡único premio del hombre!... (Temblando.) ¡Oh, l'estúpido sensualismo!... ¡Oh, l'estúpido sensualismo!... (Rasca hasta hacerse daño.) Oh, oh.

ALFONSO — ¡Ah, qué tremendo dolore para un viejo ver un hijo así.

M. ROSA — (Con los puños en las sienas.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

STÉFANO — St. Habla el padre, yora la madre: respeto, respeto. (Ríe.) Su dolor. Su dolor. (Grita.) ¿Y el mío? (Ríe.) El mío no le interesa.

MARGARITA — (Rígida, con la nuca en el respaldo de la silla en la que se sienta, chilla su histeria.) ¡Ih!... ¡Ih!...

ÑECA — (Abrazándola.) ¡Mamita! ¡Mamita!

M. ROSA — (Acudiendo.) ¡Figlia! ¡Figlia adorata!

M. ROSA — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ALFONSO — (A María Rosa.) No haga así, ¡no sea estúpida!

ESTEBAN — Cállese, madre. (Enérgico.) ¡Cállese! ¿Por qué se ponen así? (Radamés mira asombrado.)

STÉFANO — Sufren todos por mi culpa. Soy un criminal.

MARGARITA — (Incorporándose llena de ira.) ¡No nos has dado más que disgustos! ¡No nos has dado más que disgustos!

STÉFANO — (Satisfecho de haber previsto.) ¿Eh?

RADAMÉS — Estoy soñando. (Se acuesta.)

MARGARITA — ¡Mamá!

M. ROSA — ¡Figlia! (Se abrazan las tres y mutis izquierda.)

MARGARITA — ¡Hija!

ESTEBAN — Padre... ¿es posible? ¿Usted cree en mi indiferencia?

STÉFANO — Yo creo a l'astronomía.

ESTEBAN — Padre, ¿por qué agrega a sus tormentos esto de

creerse abandonado? ¿Cómo puede creer que su hijo no lo comprende, no lo compadece?

STÉFANO — Gracias, pero sigo creyendo a la astronomía.

ESTEBAN — Le comprendo, le compadezco y sufro por usted mil torturas.

STÉFANO — (*Busca con sus ojos turbios la mirada del padre.*)
¿Se acuerda?

ESTEBAN — Siento su vida como en carne propia, soy su continuación. Usted es mi experiencia, yo su futuro, ya que por ser su hijo sumo dos edades, la suya y la mía.

STÉFANO — (*A don Alfonso, sonriendo torcidamente.*) ¿Se acuerda? (*A Esteban.*) Comprendo: para usted no existo.

ESTEBAN — Padre... yo no tengo remedio para su pena.

STÉFANO — Ya lo sé. ¿Lo he culpado de algo a usted? No. ¿De qué se defiende? ¿De lo que no hace; de lo que no puede hacer? Nadie tiene remedio para el dolor ajeno. El sufrimiento pasa cuando se ha sufrido. Ya lo sé. Yo estoy pasando el mío. Y ¿qué? Todo lo que usted sabe yo lo sé; e además todo lo que no sabe e tiene que aprender e nadie puede enseñarle, ni yo... que no existo. (*Sonríe.*) Usted mire, aprenda, sienta, sueñe... e cante... si puede.

ESTEBAN — Padre, usted no alcanza bien qué penas oculto, qué amores alimento (*Stéfano mira a don Alfonso.*), qué aspiraciones me afanan, qué porvenir construyo. Usted no me conoce, no sabe quién soy; no puede comprenderme.

ALFONSO — (*Contento por primera vez.*) ¡Ah! ¡Dío te castiga co la mima mano que me pegaste!

STÉFANO — (*A Esteban.*) St... Habla papá. Quiere darme lecciones. No alcanza que yo tengo su edá y la mía. ¿Es así?... No sabe que no existe. No me ha comprendido nunca, e lo desprecio. ¿Es así tu filosofía? Sí. Yo la aprendí cuando tenía veinte año e la olvidé cuando ya no los tenía. Tú, tan tiernito como yo en los días en que echaba

al viento esas mismas palabras vaporosas... no sospecha siquiera qué se ha movido aquí... (*Corazón.*), qué se ha muerto aquí... qué canto ha quedado sin cantar.

ESTEBAN — ¡No! Quien traiga un canto lo cantará. Nada ni nadie podrá impedirselo. El amor y el odio por igual lo elevarán. Para un artista no hay pan que lo detenga, ni agua que le calme la sed que lo devora, ¡sólo no canta cuando no tiene qué cantar!

STÉFANO — (*Rasca rabiosamente en la mandolina. Con los ojos chiquitos.*) Cuando se te caiga el pelo e te veas la forma de tu cabeza —de tu propia cabeza que no conoce, ciego— te voy a dar la mandolina para que repita este pasaje. (*Don Alfonso parece dormido.*)

ESTEBAN — La vida es como uno quiere que sea.

STÉFANO — Creo que confunde el olor con el gusto. Ya la va a probar. Cuando pendiente de un moto tuyo te rodeen todos lo que te aman e tú puesto en cada uno un amor, sabrás qué dura es la soledá... e cómo en eya más que cantar... morimo.

ESTEBAN — Papá... (*Angustia.*)

STÉFANO — Figlio...

ESTEBAN — Papá...

STÉFANO — Hijo... le queda la esperanza. Nadie podrá quitártela hoy. Todo es luminoso para usted en esta noche oscura en que sólo veo su pensamiento. (*Por el padre.*) Un campesino ñorante que pegado a la tierra no ve ni siente (*por él mismo;*) un iluso que ve e siente, pero que no tiene alas todavía (*Por Esteban.*); un poeta que ve, siente e vola, ¿eh? (*Está muy cansado.*) Todo se encamina a un fin venturoso, ¿no? Todo está calculado en el universo mundo para que usted cante su canto, ¿no? Lo he comprendido. Lo que no comprendo es qué voy a hacer con todo este dolor que ahora me sobra. Sí... debe

ser que cada uno tiene que cumplir su misión alta o bāja e irse... pero hay persona que viven demasiado... (A don Alfonso que se ha puesto de pie.) ¡Lo digo por mí! ¡Lo digo por mí!

ALFONSO — ¡Ah, lo ha dicho! (En la puerta.) ¡Lo ha dicho al fine! (Salen las mujeres.) Lo ha dicho, María Rosa: le molestamo.

M. ROSA — ¡Ah! ¡Ah!

ALFONSO — Lo hemo arruinado. Tenimo toda la culpa. Io e tú. No ha podido ser chélebre por nui. ¡A mé e a esta póvera fémmena que le dimo la vita e le sacrificamo todo! ¡Ingratitú! ¡Ingratitú! ¡Iammo, María Rosa, iammo! ¡No tenimo techo... no tenimo pane... no tenimo hijol! ¡Vamo a pedir la elemósina!

M. ROSA — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ALFONSO — La elemósina...

M. ROSA — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

ALFONSO — ¡No aga así, que me fastidial (Lloran.)

STÉFANO — (A Esteban que los mirā como si los viesse por primera vez.) Cante su canto. Agarre la mandolina e cante su canto. (Ríe.)

MARGARITA — (Abrazada a María Rosa, que se encamina hacia la calle con don Alfonso.) ¡No, mamá; no!

ÑECA — ¡No se vaya, abuelito! ¡No se vaya!

ALFONSO — (Esperando ansioso que Stéfano los contenga.) Sí, Sí. Me voy. Ne vamo.

STÉFANO — ¿Adónde? (Los viejos se detienen.) ¿Adónde van a ir? Si está yoviendo. (Ríe una risa que lo abate.)

RADAMÉS — (Con el cuello muy largo.) Sigo soñando. Es una pesadiya. Comí mucho pan. Son todo bicho y animale. Un burro tiene la cabeza de agüelito, un...

ALFONSO — (Alejándose de la puerta.) ¿Qué?

M. ROSA — (Con su tono.) Mal criado.

MARGARITA — Cayáte. Dormí. ¿Estás loco? Pedile perdón a tu abuelo.

RADAMÉS — ¿Perdón?... Entonces estoy despierto. Perdón; agüelito, no era a usté. (Se acuesta.)

STÉFANO — (Sonriendo tiernamente a Ñeca, que se le acerca.) Acuérdate de aqueya noche...

ALFONSO — (Avanzando tembloroso, severo.) Stéfano.

STÉFANO — Acuértese de aqueya noche...

ALFONSO — (Enojado.) Stéfano.

STÉFANO — ¡No! ¡Basta! ¡Basta! ¡Váyanse! ¡Váyanse! (Se lo llevan hacia izquierda.)

ALFONSO — ¡Ingratitú!... ¡Ingratitú!...

STÉFANO — Por oírlos yorar, no me he oído. Basta. (Esteban abandona al viejo que se va con las tres mujeres, y se inclina sobre la mesita. Ha compuesto un verso bello. Lo escribe. Mirándole con asombro.) Canta. Todo este dolor por un verso. ¿Vale tan poco la vida? (Esteban se va apresurado. No puede erguir la cabeza; su peso lo turba; cae de bruces, con las rodillas en el suelo. Se hace daño, adentro. No puede sacar un pie enganchado a una pata de la mesa. Sonríe.) Yo soy una cabra. Me e e... Me e e... Uh... cuánta salsa... Cómo sube... Una cabra... Qué cosa... M'estoy muriendo... (Pone la cara en el suelo.) Me e e... (Muere.)

RADAMÉS — (Revolviéndose.) ¡Uffa! Papá, papá. Apague la luz. (Stéfano liberta el pie. Se vuelve de cara al cielo.)

T E L O N